



El perro y la dignidad compartida: Reflexión filosófica y antropológica

The dog and shared dignity: Philosophical and anthropological reflections

Jairo Pérez

ORCID:0009-0004-5531-7336

Universidad de Carabobo

Centro de Filosofía para la Investigación Stanislaw Strba (CENFISS).

jrperetz@uc.edu.ve

Recibido: octubre 2025

Aprobado: enero 2026

Resumen

Este ensayo explora la relación entre humanos y perros como un fenómeno educativo y filosófico que trasciende lo biológico para convertirse en experiencia formativa. A partir de un episodio vivido en un hospital venezolano, donde un perro consoló a una madre en duelo, se plantea la pregunta sobre la capacidad de los animales para acompañar y transformar el dolor humano. La reflexión se articula en torno a perspectivas filosóficas clásicas y contemporáneas, tomando argumentos de Sócrates y la “sabiduría instintiva” de los perros, de Diógenes de Sinope, quien se autodenominaba “el perro” como símbolo de sinceridad y autosuficiencia, también de Schopenhauer, que integró a los animales en su ética de la compasión, reconociendo su valor intrínseco y algo de Derrida, quien interpretó la mirada animal como una confrontación existencial cuestionando la superioridad humana. Además de resaltar un aporte educativo vinculado a lo humano-perro, que se presenta como una oportunidad pedagógica para reflexionar sobre la empatía, la sensibilidad y la ética del cuidado. Los perros, en su respuesta espontánea al sufrimiento, nos enseñan que el consuelo más profundo no requiere palabras, sino presencia auténtica. Esta lección puede trasladarse al ámbito educativo y filosófico como invitación a cultivar la empatía y la solidaridad en contextos de formación, especialmente en escenarios de vulnerabilidad.

Palabras clave: Filosofía, antropología, educación, empatía, perros, ética del cuidado

Abstract

This article examines the relationship between humans and dogs as a formative and philosophical experience that transcends biology. Based on an episode in a Venezuelan hospital, where a dog consoled a grieving mother, it reflects on the capacity of animals to accompany and transform human suffering. The discussion engages classical and contemporary philosophical perspectives: Socrates and instinctive wisdom, Diogenes and self-sufficiency, Schopenhauer and the ethics of compassion, and Derrida's notion of the animal gaze as existential confrontation. The human-dog bond is presented as a pedagogical resource to foster empathy, sensitivity, and ethics of care in educational contexts. It concludes that the authentic presence of animals offers a lesson in consolation and solidarity, inviting education to recognize in the non-human a source of learning about the human.

Keywords: Philosophy, anthropology, education, empathy, dogs, ethics of care

Introducción

La relación entre personas y perros constituye un campo predilecto para la reflexión filosófica y antropológica. Más allá de su dimensión biológica, este vínculo revela una experiencia formativa que interpela la ética, la sensibilidad y la pedagogía. El presente artículo parte de un hecho vivido en un hospital venezolano, donde un perro callejero consoló a una madre en duelo, para averiguar en la capacidad de los animales de acompañar y convertir el sufrimiento humano.

A través de un diálogo con pensadores clásicos y contemporáneos —Sócrates, Diógenes, Schopenhauer, Derrida, Gadamer, Lévinas y Merleau-Ponty— se investiga cómo la presencia canina puede ser comprendida como una intuición ética y fenomenológica que abre horizontes de sentido. El perro, en su gesto espontáneo de consuelo, se convierte en mediador de dignidad compartida y en recurso

pedagógico para cultivar la empatía y la solidaridad en contextos de vulnerabilidad.

Hay momentos en que el dolor humano parece no tener consuelo, cuando las palabras se quiebran y la esperanza se desvanece. En uno de esos instantes, a las afueras de un hospital venezolano, un perro callejero se acercó a una madre que lloraba la pérdida de su hijo y, con un gesto silencioso, posó sus patas sobre ella. Ese abrazo inesperado transformó la escena en un acontecimiento ético y espiritual: la dignidad compartida entre lo humano y lo animal.

Este artículo nace de ese evento, para pensar cómo los perros, con su sensibilidad y presencia auténtica, nos enseñan que la empatía no requiere lenguaje ni razonamiento, sino la capacidad de estar ahí, acompañando. Desde Sócrates hasta Derrida, desde la intuición instintiva hasta la mirada que cuestiona nuestra superioridad, los perros han sido símbolos de sabiduría, compasión y libertad. Aquí se plantea reconocerlos como maestros silenciosos de humanidad, capaces de recordarnos que la alteridad y la filosofía también se aprenden en el abrazo de lo inesperado.

Más allá de la domesticación o la utilidad práctica, este escrito revela dimensiones éticas, afectivas y espirituales que han inspirado a filósofos, antropólogos y educadores. Destaca en el gesto y la presencia de un perro, un instinto de compañía sincera que desafía las fronteras de la racionalidad y abre un horizonte de sentido compartido.

El vínculo entre los humanos y los perros trasciende lo meramente físico; es una unión emocional, casi espiritual, que ha fascinado a filósofos, escritores y científicos a lo largo de la historia. Los perros, criaturas proporcionadas de una sensibilidad única, tienen una capacidad extraordinaria para percibir las emociones humanas, especialmente el dolor y el sufrimiento. Pero ¿qué significa esta respuesta emocional desde una perspectiva filosófica? ¿Es un reflejo instintivo de empatía genuina o un influjo de nuestras propias transformaciones?

En el dolor humano, el perro actúa como un espejo, un receptor y, en ciertos casos, un sanador. Cuando un ser humano sufre, el perro no solo detecta ese sufrimiento mediante señales físicas, como un cambio en el tono de voz, una postura distinta, o incluso un olor imperceptible para los humanos, respondiendo de maneras que parecen profundamente reveladoras. Algunos estudiosos podrían argumentar como esta respuesta no es más que un instinto evolucionado: un mecanismo de supervivencia que fortalece los vínculos en la manada. Sin embargo, otros ven en este comportamiento una forma de “empatía pura”, una conexión que no depende de la comprensión racional, sino de una comunión emocional intuitiva, quien todos los días convive con un perro lo llama amor. El asunto es que el amor es un sentimiento humano, no obstante, muchos lo ven como un instinto de respuesta al buen trato, una respuesta genuina y transparente.

¿Hay alguna razón para hacer esta reflexión filosófica sobre el perro y el dolor humano?, pues, la respuesta es sí. Todo comenzó en un hospital del Estado Carabobo, Venezuela, un hospital del seguro social, donde llegan niños y adultos en situaciones de emergencia, donde se observa desesperación, angustia, dolor del cuerpo y del alma. Donde las noches son aterradoras para los cuidadores de enfermos, donde la soñolencia se rompe a cada rato con las sirenas de las ambulancias y el grito de dolor cuando fallece un paciente en la sala de emergencia, Y allí estábamos en las afueras del hospital esperando buenas noticias de nuestra querida sobrina de la cual aún no sabemos a ciencia cierta cuál fue la razón de su partida.

En una de esas noches interminables se presentó una situación de gritos de dolor, ruidos de gente corriendo en la puerta del hospital, un adolescente había muerto y se le dio la noticia a sus familiares, sale afuera su madre con otro de sus hijos y se dirigen a un árbol cercano, allí se sientan y se abrazan en un río de lágrimas, se escucha a lo lejos el llanto desgarrador de una madre sufriendo, todos afuera en el estacionamiento observamos en silencio, unos llorando hacia adentro, otros rezando, mirando algo que ocurre a cada rato en estos hospitales, de pronto, en medio del sufrimiento uno de los perros que hacen presencia en los alrededores se acerca a la madre y al joven sentados al pie del árbol, y posa sus patas piadosas en forma de abrazo sobre la madre y su hijo, ellos al percatarse de la acción del perro se fundieron en un solo abrazo, este acto espontáneo generó un silencio colectivo, transformando la escena en un acontecimiento ético-filosófico que evidenció la capacidad de los animales para acompañar

el sufrimiento humano (Gadamer, 1996; Derrida, 2008).dejando a los espectadores impactados y en silencio.

Desde una perspectiva existencialista, el perro no solo comparte el momento de dolor con el humano, sino de igual forma lo determina. Para alguien inmerso en el desconsuelo, la mirada comprensiva de un perro, su compañía silenciosa, puede proporcionar un sentido de esperanza y significado parecido a uno perdido. En ese instante, el perro no es simplemente un compañero; se convierte en un recordatorio de cómo el dolor, aunque profundamente humano, también puede ser aliviado por la presencia de lo no humano. De algo reconocible como sentimiento, de un animal sintiente, capaz de dar sentido y de reconocer.

¿Es este sentimiento de consuelo acaso no es un indicio de la capacidad de los perros para entender el dolor humano en su totalidad? Quizás no, y ahí habita la belleza de su conexión: no necesitan comprender el peso emocional cargado por nosotros. Su respuesta al dolor humano es, en esencia, una forma de amor desinteresado, un amor sin cuestionamientos ni juicios, presente siempre, fiel y eterno, capaz de acompañar en silencio.

En el fondo, esta interacción nos lleva a reflexionar sobre nuestra propia capacidad de empatía. ¿Somos capaces de responder al dolor de otros con la misma pureza que los perros lo hacen con nosotros? En el reconocimiento de su sensibilidad, quizás podamos aprender que el consuelo más profundo no requiere palabras, ni análisis, solo la presencia sincera y auténtica de estar ahí, para el otro. En ese duro momento solo el perro se acercó.

El vínculo entre un perro y el humano en momentos de angustia es un recordatorio de que, en nuestra experiencia como seres en el mundo, la conexión emocional no conoce límites de especie. Es un puente hacia la trascendencia, donde lo simple se convierte en lo profundamente significativo, es prácticamente un encuentro humano.

Los perros tuvieron un lugar especial en la filosofía y cultura de la Grecia antigua. Sócrates, por ejemplo, consideraba a los perros como verdaderos filósofos porque podían distinguir entre amigos y enemigos basándose en la intuición y la experiencia. Según él, los perros actuaban con una sabiduría instintiva que los humanos a menudo pasaban por alto. Experiencias como estas hemos vivido en nuestras casas, cuando un perro ladra a una persona y se vuelve incontrolable, un perro protegiendo a un niño, un instinto de protección que no es con todas las personas. Lo hacen también los padres con sus hijos, y también es instintivo e intuitivo.

Otro caso fascinante es el de Diógenes de Sinope, quien se autodenominaba “el perro”. Este filósofo cínico adoptó el nombre de perro porque admiraba la independencia y la franqueza de los perros. Decía como los perros ladraban a los que no le daban nada y mordía a los corruptos.

Además, los perros también aparecen en la mitología griega, como Cerbero, el guardián del inframundo, que simbolizaba la lealtad y la protección. Esta conexión entre los perros y los antiguos griegos refleja una profunda apreciación por su carácter y habilidades. A lo que profundizaremos un poco más.

1. Cerbero en la mitología

Aunque no directamente filosófico, el perro de tres cabezas conocido como Cerbero desempeñaba un papel simbólico en la mitología griega. Protegiendo las puertas del inframundo, Cerbero era visto como un símbolo de lealtad y vigilancia, valores que también resonaban en el pensamiento ético de algunos filósofos e historiadores. (Arias, 2014; Hesíodo, 2023; Virgilio, s.f.; Miate, 2023).

1.1 Diógenes de Sinope y los perros

Diógenes, el principal representante del cinismo, consideraba que los perros encarnaban las virtudes que él mismo aspiraba a imitar: sinceridad, autosuficiencia y desprecio por los pactos sociales. Adoptó el apodo de “el perro” como símbolo de su filosofía y estilo de vida. Según él, los perros son criaturas libres, desvergonzadas y capaces de satisfacer sus necesidades básicas sin depender de artimañas. Diógenes incluso decía que los humanos deberían aprender de los perros, abrazar una vida sencilla y rechazar la avaricia y los deseos superficiales. “Y así lo afirma He adoptado el nombre de perro porque

alabo a los que me dan, ladro a los que no me dan nada y muerdo a los malvados.” (Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, VI, 60).

Diógenes consideraba como los perros representaban valores esenciales para una vida auténtica: autosuficiencia, honestidad y libertad. En su filosofía, los perros trascendían las normas sociales, viviendo de manera pura y sin artificios. Para Diógenes, los perros eran el modelo perfecto de cómo los humanos deberían vivir: libres de deseos superficiales y siempre adaptándose al entorno de manera sincera. Su identificación con los perros iba más allá de una mera admiración; era una forma de expresar su desprecio por las convenciones humanas y su búsqueda de una vida significativa basada en lo esencial.

Zarzar Muñoz (2011) analiza la figura de Diógenes de Sínope y su auto denominación como “perro” dentro del movimiento cínico. El artículo explica cómo los cínicos adoptaron la imagen del perro como símbolo de sinceridad, libertad y rechazo a las convenciones sociales. Para Diógenes, el perro representaba la autosuficiencia, la vida natural y la capacidad de vivir sin artificios, en contraste con la corrupción y superficialidad de la sociedad griega.

El texto subraya que el “filósofo perro” no era una caricatura, sino una forma radical de crítica social y ética: vivir como el perro significaba abrazar la franqueza, la austeridad y la independencia frente a las normas impuestas. Zarzar muestra cómo esta metáfora se convirtió en un ideario filosófico que cuestionaba la avaricia, el poder y los deseos innecesarios, proponiendo una vida auténtica y libre. Y tomando una frase del autor podemos decir por qué el cinismo propone “aprender del perro: vivir con lo necesario, sin avaricia ni deseos superficiales.” (2011). Es por eso que ese abrazo espontáneo entre el perro, la madre y el hijo, en un momento de tanto dolor en ese hospital, fue la unidad de cuatro almas, pues allí también estaba la del hijo que acababa de morir. La magia de la comprensión del ser, bioética de relación. Simplismo de vida que negamos ver por nuestras creencias o ideologías.

1.2 El perro en el pensamiento de Sócrates

Sócrates no se centraba directamente en los perros como parte de su filosofía, pero utilizaba analogías relacionadas con estos animales. Por ejemplo, veía en los perros la capacidad de distinguir entre amigos y enemigos como una forma de “sabiduría instintiva.” Para él, los perros actuaban con una honestidad que los humanos a menudo perdían en medio de la complejidad de sus relaciones sociales. El perro distingue al amigo del enemigo por el conocimiento y la ignorancia, y no por otra razón.” (Platón, *La República*, Libro II, 375)

Arthur Schopenhauer, (2004/2006), el filósofo alemán conocido por su pesimismo y su enfoque en la voluntad tenía una profunda admiración por los animales, especialmente los perros. Schopenhauer consideraba a los animales, igual que los humanos, eran capaces de sufrir, y por ello merecían compasión y respeto. Esta idea lo llevó a incluir a los animales en su ética de la compasión, diferenciándose de otros filósofos de su época que los veían como simples objetos.

Schopenhauer tenía un perro llamado “Atma”, cuyo nombre proviene del sánscrito y significa “alma”. Este perro era su fiel compañero y reflejaba su amor por los animales. Para Schopenhauer, los perros representaban una forma pura y sincera de vida, libre de las complicaciones y falsedades humanas.

Además, Schopenhauer criticaba la crueldad hacia los animales y afirmaba que la bondad de carácter de una persona podía medirse por su trato hacia ellos. Decía que los animales no eran productos creados para el uso humano, sino seres con valor intrínseco, con este argumento de Schopenhauer podemos entender por qué le llamó a su perro “atma”, que significa alma, y el alma siempre es parte de nosotros, una invitación a la comprensión total del ser animal, en este caso al perro. No por nada decía: La compasión hacia los animales está tan estrechamente ligada a la bondad de carácter, que puede afirmarse con seguridad que quien es cruel con ellos no puede ser buena persona.” (Schopenhauer, 1819/2004, p. 372).

En relación al perro de Schopenhauer Alonzo Salas (2022) muestra cómo el filósofo, a diferencia de muchos otros de su época, reconoció el sufrimiento animal como real y digno de consideración moral.

En su texto “Schopenhauer y Atma: Reflexiones bioéticas en torno a la eticidad de los perros y el sufrimiento animal”, acentúa que la compasión es el núcleo de la ética schopenhaueriana y que esta debe extenderse a los animales, especialmente a los perros, cuya sensibilidad y capacidad de acompañar al ser humano muestran una dimensión ética y bioética fundamental. El nombre “Atma” (alma, en sánscrito) representa la idea de que los animales poseen un valor interior y no deben ser reducidos a objetos de uso humano. El perro, en la filosofía de Schopenhauer, se convierte en símbolo de autenticidad y compañía sincera frente a la falsedad humana.

1.3 Jacques Derrida y el efecto en la mirada de los animales

Derrida (2008), en su obra “El animal luego estando siendo”, reflexionó sobre la interacción entre humanos y animales, explorando cómo la mirada animal, incluida la de un perro, confronta al ser humano con preguntas existenciales. Derrida argumenta la mirada de un perro no como un simple acto físico, sino como una confrontación filosófica cuestionadora de la percepción humana sobre superioridad y subjetividad. En ese sentido, la relación con los animales, como los canes, abre una puerta a la trascendencia, a la conexión con elementos situados más allá de los límites del lenguaje y la racionalidad humana. Y lo deja bien claro: “La mirada del animal nos confronta con la desnudez de nuestra propia existencia, nos recuerda nuestra condición compartida de seres sintientes y dolientes.” (Derrida, 1999/2008, p. 29).

Estos pensadores, aunque desde perspectivas muy diferentes, reconocen en los perros un reflejo de valores o experiencias trascendentes a lo cotidiano. Diógenes lo veía en el carácter y comportamiento canino, mientras Derrida hallaba la trascendencia en la relación emocional y visual unificadora entre ellos y los humanos.

La experiencia con los perros abre un horizonte para la educación filosófica y antropológica: reconocer en lo no humano una fuente de aprendizaje sobre lo humano. Así, el perro se convierte en mediador de sentido, recordándonos el desarrollo educativo no limitado al aula, sino expandido a los encuentros vitales —como el referido en este ensayo— enseñantes de mayor sensibilidad, compasión y humanidad. En esta búsqueda humano-perruna, de comprensión, encuentro también a Felipe Sepúlveda Solar (2023), con un artículo denominado Compartir la vida con perros: reflexiones filosóficas y éticas sobre su presente y su futuro (Tabula Rasa, N° 53), donde analiza la condición de los perros más allá de simples “mascotas”: son embajadores de otras especies y compañeros impugnadores de la relación vertical y de propiedad ejercida por los humanos sobre ellos. Nos dice: “Otogarle lenguaje y comunicación al perro es un ejercicio de humildad ineludible para permitir relaciones de simetría y horizontalidad”. La convivencia con perros abre un horizonte ético desafiante del antropocentrismo, el cual nos invita a repensar la educación del afecto. “Compartir la vida con perros es también compartir la vulnerabilidad y la posibilidad de cuidarla”. Es pensar en una ontología de la Compasión con el otro y abrir paso a una intersubjetividad capaz de observar en la realidad fenomenológica una Intuición Canina como categoría presente.

La experiencia del dolor humano, cuando se manifiesta en la pérdida de la pérdida de un pariente cercano, constituye una de las rupturas ontológicas más profundas que puede atravesar el individuo. Esta grieta no solo altera el orden biológico del tiempo, sino que despoja a la persona de su amarre en la realidad, sumergiéndolo en una soledad que ningún lenguaje o palabra llega a dar sosiego. Eso ocurre a las afueras de los centros hospitalarios de Venezuela, esta tragedia se ve exacerbada por una crisis humanitaria convirtiendo el duelo en una experiencia de desamparo absoluto.

El relato central de este análisis, ese abrazo espontáneo de un perro callejero a una madre acabando de perder a su hijo, no debe interpretarse como una mera casualidad conductual, sino como el reflejo de lo que se llama la unidad comprensiva del dolor. Y esta unidad surge de una intuición canina que trasciende el límite biológico impuesto por la cultura social tradicional, estableciendo una comunicación que trasciende el cuerpo, y llega al alma misma del vacío existencial.

Para comprender la magnitud de la intuición canina en este episodio hospitalario, es importante analizar el lugar donde se extiende el dolor humano. En la filosofía de Hans-Georg Gadamer, (1996), el dolor se presenta como un fenómeno que “abarca todo el yo”, una experiencia que desborda la conciencia y se manifiesta como una pérdida cuyo equilibrio no es solo médico-biológica, sino vital y social. El dolor que la madre siente por la pérdida de su hijo es, en palabras de Gadamer, un “dolor del alma” que se

define como la ruptura de la entelequia o vitalidad del cuerpo. El perro, cuya existencia se perfecciona en su vitalidad sensorial, percibe esta rotura como una perturbación en el “ser-en-el-mundo”. La unidad comprensiva se produce cuando el perro ofrece su propia vitalidad —su calor, su contacto, su peso— para llenar momentáneamente el vacío dejado por la pérdida del hijo.

En Venezuela, el hospital público ha dejado de ser un refugio de sanación para convertirse en un espacio de finitud acelerada, donde la falta de insumos básicos para salvar vidas es lo cotidiano, este ambiente es lo observado y vivido en dicho hospital, una realidad que deshumaniza el proceso del morir. El dolor de la madre, por tanto, se encuentra “saturado”, excediendo cualquier capacidad de procesamiento mental y deviniendo el sufrimiento, situación vivida por nosotros luego de unos días: nuestra niña también falleció, y en el recorrido de la carroza fúnebre se dio también un hecho similar con su mascota “San”, ese es el nombre de su fiel perro. La fila de autos dirigida al cementerio, llevó el cuerpo por última vez frente a su casa; en una de esas calles de la urbanización iba San, acostumbrado a pasar parte del tiempo corriendo por allí. Al ver la carroza principal donde iba su compañero humano se quedó mirando fijamente, quieto en silencio, su cola bajada, entendiendo los hechos acontecidos, dejándonos a los testigos presenciales con un nudo en la garganta y reflexionando sobre cómo nuestros perros también sienten. Y una vez más una madre observada por un canino comprensivo de la situación, el cual hablaba con su mirar; ese cruce fue el encuentro de un lenguaje. _Quedamos solos, San. El sufrimiento es mutuo.

La madre venezolana, en este contexto, habita lo definido por Paul Ricoeur (2006) como el “mal sufrido”, un enigma hermético resistente a la racionalización. El fallecimiento de un hijo en un sistema de salud al borde del colapso no es solo un hecho fáctico; es una petición ética interpelando al mundo sobre la justicia y la solidaridad. La mirada de los testigos, aquellas personas observadoras del abrazo fuera del hospital, junto con la mirada con el perro en la calle, añade una dimensión colectiva a este duelo. El testigo es aquel encargado, al presenciar la vulnerabilidad extrema del otro, de reconocer su propia finitud y la fragilidad de la vida.

En este despojo de la dignidad en el cuidado clínico, de carencia extrema, sobresale lo identificado por Gadamer (2001) como la “singularización” del enfermo y su familiar, quienes resultan desprendidos de su situación vital previa para quedar reducidos a la pura corporalidad doliente. En esta reducción al “ser-para-la-muerte”, la aparición del perro como agente de consuelo representa una irrupción de la vitalidad en medio del pánico. El animal, ajeno a las divisiones políticas y económicas, responde al sufrir de la madre, reconociendo en su llanto una “apertura dolorosa” común a todo ser sintiente.

2. La Intuición canina como apertura ética

La filosofía occidental, heredera del cartesianismo, ha tendido a considerar a los animales como máquinas carentes de emoción o razonamiento moral. Sin embargo, Jacques Derrida propone una deconstrucción de esta frontera, sugiriendo como interrogante central no la capacidad animal para razonar o hablar, sino su posibilidad de sufrir. La intuición canina, en este sentido, no es un instinto ciego, sino una forma de comunicación. El perro abrazador de la madre manifiesta un signo de compasión surgido al reconocer una conexión profunda salvadora de las distancias ontológicas.

El perro, al acercarse a la madre, realiza un acto de “justicia de proximidad”. No evalúa la situación bajo categorías lógicas, sino más bien responde a la vulnerabilidad del rostro ajeno, un rostro capaz, en términos levinasianos, de apelar a la responsabilidad del yo. Y en este sentido el rostro del perro entra en el escenario del humano.

Emmanuel Lévinas (1977), sostiene la ética como nacida del encuentro cara-a-cara, donde el rostro del otro me prohíbe el asesinato y me exige responsabilidad. Aunque Lévinas restringió esta capacidad al ser humano, pensadores contemporáneos sugieren la “piel del rostro”, esa desnudez y desprotección extrema, como una dimensión visible también en la mirada animal. El perro fuera del hospital, y en una calle, en su silencio, asume la carga del sufrimiento de la madre. Al abrazarla, se convierte en un “rehén” de su dolor, sustituyéndose simbólicamente en la función de consuelo negada por la sociedad a la doliente.

El perro se adelantó en el manifiesto del rostro del otro, la Intuición Ética del Rostro: La capacidad del animal para ser interpelado por el sufrimiento de la madre, asumiendo una responsabilidad infinita antecedente a cualquier mandato social.

La intuición canina opera en el ámbito definido por Saulus Geniusas (2020) en *Phenomenology of Pain* como el carácter “melódico” del dolor, una forma de experimentar el tiempo y la corporalidad exenta

de la mediación del signo lingüístico para su comprensión. El perro percibe la “fluctuación”, el ritmo del dolor, la tensión y la respiración en la madre, su desbordamiento, y responde con una presencia constituida, en sí misma, como una forma de justicia. Este acto refleja una “unidad comprensiva” porque el perro no “entiende” el concepto de muerte filial, sino más bien “comprende” la desvitalización del cuerpo de la madre, su caída en el abismo del pasado.

2.1 El abrazo como Intercorporeidad

Otro aspecto que analizo en este ensayo es lo fundamental del cuerpo relacionado con el abrazo, y realizo la reflexión desde la fenomenología del espíritu de Maurice Merleau-Ponty, (1994), en este libro, particularmente en la Segunda Parte, Merleau-Ponty rompe con el dualismo cartesiano (mente versus cuerpo) al afirmar que la identidad del sujeto es inseparable de su corporalidad: “Yo soy mi cuerpo”. Para el autor, el cuerpo no es una “máquina” u objeto externo, sino el vehículo de nuestra existencia y la condición de toda percepción posible. el cuerpo no es un objeto que tenemos, sino el ser que somos: el “cuerpo vivido” (*le corps propre*). El abrazo entre el perro, la madre y su hijo es la manifestación máxima de la “Inter corporeidad”, donde dos seres se encuentran en el tejido común de la “carne”. En este contacto, el perro no solo “toca” a la madre, sino que “siente con” ella. La percepción es aquí sensorio motriz: el organismo del animal se prolonga hacia la madre acomodándose dinámicamente a su estado emocional.

El abrazo hace existir la significación como un algo que se convierte en realidad viva. En un momento donde el lenguaje humano se ha roto por la magnitud de la tragedia, el gesto del animal “asienta al mundo” y lo expresa mediante el cuerpo. Esta comunicación total en términos existenciales. La madre, el hijo y el perro habitan una soledad que, aunque es intransferible individualmente, se vuelve compartida en el acto del contacto físico.

El silencio que rodea el abrazo en las afueras del hospital no es una ausencia de sentido, sino un regreso al “naturaleza del silencio” o “ser común” del que habla Merleau-Ponty. Es un silencio primordial capaz de hacer emerger nuevos sentidos en medio del sentimiento del dolor. El perro se manifiesta con su silencio y expresa, como gesto y estilo, su ser-con-el-otro. Una dimensión intersubjetiva, un Reconocimiento de la vulnerabilidad compartida, Sintonía emocional y presencia ética, estar-ahí como respuesta a la apelación del otro.

El mecanismo comprensivo del dolor donde la temporalidad de la madre, marcada por el futuro truncado de su hijo, se cruza con la temporalidad del perro, surgida en el presente absoluto de la necesidad del otro. En ese encuentro, el abrazo actúa como una “bisagra” que une originariamente al sujeto y al mundo. Una expresión que sostiene.

3. Los observadores

El suceso fue observado por personas que se encontraron en las inmediaciones del hospital. Esta mirada colectiva es fundamental para elevar el episodio de la categoría de anécdota a la de acontecimiento ético-filosófico. Un proceso fenomenología del testigo, el ver la muerte o el sufrimiento del otro genera un “horror primario” impidiendo la indiferencia. Los observadores, al ver al perro abrazar a la madre, experimentan lo que se denomina un proceso de *Bildung*, que es igual a combinar educación y conocimiento necesarios para progresar en nuestra sociedad, y madurar moral y emocionalmente en esta sociedad tan compleja, carente de autonomía personal y de formación.

En consecuencia, la mirada de los testigos actúa como un “tercer término” que, en el pensamiento de Lévinas, introduce la dimensión de la justicia. El perro, al abrazar a la madre delante de todos, denuncia implícitamente la Soledad impuesta por el sistema al ser humano. Su gesto es un “No matarás” extendido hacia la prohibición de dejar morir al otro en soledad. El testigo es el encargado de validar la realidad de ese dolor y de reconocer en la respuesta animal una forma de “sabiduría” dentro de un mundo desprovisto de juicio ante el terror y la precariedad.

El abrazo del perro en el espacio público del hospital rompe el tabú del duelo y obliga a la sociedad a mirar lo habitualmente ignorado. El perro realiza lo denominado por Ricoeur (2008) como un “hacer dentro del sufrir”, una acción facilitadora para el doliente de aguantar y perseverar en el esfuerzo por existir. Este “hacer” se manifiesta en el abrazo: una acción intercorpórea permisiva a la madre para transitar el

vacío de la pérdida sin quedar reducida a la pura inercia del trauma. El milagro de la presencia del otro. Un tema de justicia, según Lévinas, se origina a partir de la responsabilidad respecto a los demás. En este sentido, la unidad comprensiva del dolor no es solo un fenómeno psicológico, sino una estructura ontológica vinculante para todos los vivientes, observadores, en una red de responsabilidad infinita. El perro, al no eludir la carga del sufrimiento de la madre, se constituye como el “sujeto moral” en un entorno caracterizado por seres humanos a menudo despojados de su capacidad de respuesta por el trauma colectivo.

4. La intuición canina como fenomenología de la proximidad

Es importante señalar cómo la intuición manifestada por el perro no es un cálculo intelectual, sino lo denominado por Bárbara Smuts (2001), antropóloga y etóloga, y otros investigadores como una “conciencia afectiva” trascendente de la especie. Esta intuición le permite al animal detectar los signos anteriores del dolor: la alteración del ritmo respiratorio, la tensión muscular de la desesperación y la irradiación térmica del colapso emocional. El perro se mueve en un horizonte de “finitud y culpabilidad”, el cual, aun sin comprenderlo en términos narrativos, sí habita en términos de “padecimiento”. Smuts sostiene la capacidad en la relación entre humanos y otros animales (especialmente perros y primates) para la co-creación de sistemas de comunicación y expresión emocional habilitadores de una “intersubjetividad profunda”.

4.1 El dolor del alma y el vitalismo del cuerpo

El dolor experimentado por la madre ante la pérdida de su hijo es, en palabras de Gadamer, un “dolor del alma” definido como la ruptura de la entelequia o vitalidad del cuerpo. El perro, cuya existencia se perfecciona en su vitalidad sensorial, percibe esta rotura como una perturbación en el “ser-en-el-mundo”. La unidad comprensiva se produce cuando el perro ofrece su propia vitalidad —su calor, su contacto, su peso— para llenar momentáneamente el vacío dejado por la pérdida del hijo.

Este acto de “sustitución” figura como el elemento propiciador del esclarecimiento del dolor, volviéndolo, en la medida de lo posible, soportable. El perro no ofrece explicaciones, sino “atestación”: el reconocimiento de la madre en cuanto “sí misma como otra” doliente, y de la legitimidad de ese sufrimiento.

un lugar en el mundo de la vida. La intuición canina es, por tanto, la forma más pura de hermenéutica: la interpretación del dolor no como un problema a resolver, sino como un misterio a acompañar. Ese gesto instintivo transformó el momento. No hubo juicio, ni palabras vacías. Solo un ser vivo compartiendo la vulnerabilidad de otro.

Conclusión

El ensayo no solo narra una anécdota, sino que establece una tesis fundamental sobre la naturaleza humana y animal.

El abrazo del perro a la madre afuera de un hospital en Venezuela no es un hecho aislado, sino la cristalización de una ética de la alteridad que desafía los límites de lo humano. En un país donde la salud y la vida se han convertido en armas políticas y donde el sufrimiento se ve agravado por el abandono institucional, el animal emerge como el custodio de una sabiduría ancestral del verdadero afecto.

Este suceso nos invita a reflexionar sobre la necesidad de un “humanismo activo”, uno que no se base en la exclusión de lo animal, sino en la integración de todas las formas de sensibilidad en un proyecto común de cuidado y respeto. El perro, en su abrazo, nos enseña como el dolor humano no es una propiedad privada, sino un horizonte compartido vinculando a todos los seres que, al nacer, lanzamos ese grito de iniciación dolorosa al mundo y, al morir, buscamos la paz de la cercanía de nuestros próximos. En las afueras de ese hospital, el silencio del abrazo fue el discurso más potente sobre la dignidad de la vida y la unidad indestructible del ser sufriente y amante. Es la manifestación de una ética de la compasión pura, donde la bondad no depende de la racionalidad compleja. El perro actúa bajo un imperativo categórico natural: donde hay dolor, ofrezco presencia.

Esto desafía la noción filosófica tradicional preservadora de la moralidad solo para los seres racionales. El perro nos demuestra la compasión como un estado anterior al pensamiento. El animal se convierte en el verdadero “cínico” (en el sentido griego): aquel en constante vida virtuosa según la naturaleza. Además, resulta necesario señalar la insuficiencia del lenguaje humano ante la desdicha absoluta (como la muerte de un hijo). Las palabras “lo lamento” o “tienes por necesidad de ser fuerte” suenan vacías. La conclusión reside en el tacto, el calor corporal y la mirada silenciosa como lenguajes universales

capaces de cruzar el abismo del duelo cuando las palabras fallan. “Allí donde la palabra choca, el gesto instintivo sostiene.”

Surge también un aprendizaje, una lección humanitaria, como una advertencia pedagógica: nos hemos vuelto tan sofisticados hasta el punto de olvidar lo básico, siendo esto una convocatoria a “reaprender” de los animales. El perro no es inferior; es un maestro recordatorio de nuestra primera responsabilidad como seres vivos: el cuidado mutuo. Aprender a “estar” sin complicaciones. El silencio acompañado es una forma potente de comunicación. El perro no distinguió estatus social ni historia personal; solo reconoció la vulnerabilidad. Esa es la base del apoyo al otro.

Este acto lejos de ser “irracional” en un sentido negativo, el instinto empático es una forma de inteligencia emocional superior. El instinto como virtud “¿Seremos capaces, como humanos, de alcanzar la altura moral de ese perro callejero?”

Bibliografía

- Alonso Salas, Á. (2022). Schopenhauer y Atman: Reflexiones bioéticas en torno a la eticidad de los perros y el sufrimiento animal. *Dikaiosyne*, 38, 8–18.
- Arias, P. F. (2014). Las diversas representaciones de Cerbero en la literatura griega arcaica y clásica. *Revista de Estudios Clásicos*, 41, 37–72. Universidad Nacional de Cuyo. Recuperado de https://bdigital.uncuyo.edu.ar/objetos_digitales/9916/rec41-02-art-arias.pdf
- Beregovenko, G. (2023). Schopenhauer y el amor a los animales. *Dialektika*.
- Brancacci, A. (2007). *Lezioni socratiche*. Napoli: Bibliopolis.
- Derrida, J. (2008). El animal que luego estoy siendo (C. de Peretti & C. Rodríguez Marciel, Trads.). Madrid: Editorial Trotta.
- Diógenes Laercio. (1988). *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. (C. García Gual, Trad.). Madrid: Gredos.
- Gadamer, H.-G. (2001). *El estado oculto de la salud*. Barcelona: Gedisa.
- Geniusas, S. (2020). *La fenomenología del dolor*. Athens, OH: Ohio University Press.
- Hesíodo. (2023). *Obra completa: Teogonía, Los trabajos y los días, Escudo de Heracles, fragmentos seguido de Certamen de Homero y Hesíodo* (F. J. Pérez, Ed.). Madrid: Abada.
- Lévinas, E. (1977). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Merleau-Ponty, M. (1975). *Fenomenología de la percepción* (Obra original publicada en 1945). Barcelona: Península.
- Miate, L. (2023). Cerbero. En J. A. Vergara (Trad.), **Enciclopedia de la Historia del Mundo**. Recuperado de [World History Encyclopedia](<https://www.worldhistory.org/trans/es/1-11209/cerbero/>)
- Platón. (2000). *Apología de Sócrates* (J. Calonge, Trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Platón. (s.f.). *La República*. <https://doi.org/10.25058/20112742.n53.01>
- Ricoeur, P. (2006). *El mal: Un desafío a la filosofía y la teología*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ricoeur, P. (2008). El sufrimiento no es el dolor. En *Amor y justicia*. Madrid: Caparrós Editores.
- Sepúlveda Solar, F. (2023). Compartir la vida con perros: Reflexiones filosóficas y éticas sobre su presente y su futuro. *Tabula Rasa*, 53, 1–20. <https://doi.org/10.25058/20112742.n53.01>
- Schopenhauer, A. (2004). *El mundo como voluntad y representación* (P. López de Santamaría, Trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Schopenhauer, A. (2006). *Los dos problemas fundamentales de la ética* (P. López de Santamaría, Trad.). Madrid: Trotta.
- Smuts, B. (2001). Encuentros con mentes animales. *Revista de Estudios de la Conciencia*, 8(5–7), 293–309.
- Smuts, B. (2001). Encounters with animal minds. *Journal of Consciousness Studies*, 8(5–7), 293–309.
- Virgilio. (1853). *La Eneida*, (Trad. Graciliano Alfonso). Editorial Palmas de Gran Canarias
- Wikipedia. (s.f.). Diógenes de Sinope. Recuperado el 10 de febrero de 2026 de https://es.wikipedia.org/wiki/Diógenes_de_Sinope
- Xenofonte. (1993). *Recuerdos de Sócrates* (A. García, Trad.). Madrid: Gredos.
- Zarzar Muñoz, C. (2011). Diógenes de Sinope y los filósofos perros: Algunas consideraciones sobre el ideario del movimiento cínico. Dialnet.